DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

Democracia algorítmica e inteligencia artificial: una aproximación

Ángel Sermeño Quezada*

La así denominada inteligencia artificial generativa constituye la ramificación más notable y polémica en la evolución reciente de las nuevas tecnologías digitales. Supone, sin duda, una suerte de salto de calidad en la evolución vertiginosa de las nuevas tecnologías digitales en el sentido de que es un fenómeno dirigido hacia la revolución de un extremo a otro de nuestra existencia. Aún estamos lejos de calar el verdadero impacto que ya nos está marcando pero que nos impactará mucho más y de maneras complejas y diversas.

En este sentido, la presente exposición persigue un objetivo más bien modesto. Realizar una primera aproximación a la relación entre esta inteligencia artificial generativa y la democracia contemporánea; una democracia que, valga señalar, en las dos últimas décadas ha transitado de una democracia de audiencia (Manin, 1998) a una democracia algorítmica (Innerarity, 2025). Dicho de otra manera, ya estamos inmersos en un escenario en el cual los sistemas computacionales más avanzados son capaces de "actuar" de manera autónoma y automática en aquellos contextos hasta ahora reservados a la toma de decisiones estrictamente humanas. Por tanto, la promesa de la democracia que atribuye el ejercicio de la soberanía a una colectividad capaz de autogobernarse está cediendo dicho valor o principio fundamental a la esfera tecnológica que escapa al control de dicho poder soberano.

Nos encontramos ante el surgimiento de "nuevas" formas de gobernanza democrática, si es que aún podemos llamarla así, que nos obligan a repensar los fundamentos de nuestros principios y valores democráticos.

* Profesor investigador de la Academia de Ciencia Política y Administración Urbana de la UACM. E integrante del Grupo de Investigación de Teoría y Filosofía Política. Actualmente es miembro del Comité Editorial de *Andamios*. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México. ORCID: 0000-0002-2441-8933 Correo electrónico: angel.alfredo.sermeno@uacm.edu.mx

Una primera aproximación a tal cuestión es lo que se trabaja en las líneas siguientes, pero primero unos antecedentes contextuales para, a continuación, desarrollar en dos momentos el amenazador impacto de la tecnología en la democracia. En el primero de ellos se proporciona una visión sintética de la relación de las plataformas digitales y las redes sociales sobre el comportamiento ciudadano. En el segundo momento se abordará la cuestión específica de la inteligencia artificial generativa y la democracia algorítmica.

Complejidad y crisis de la representación democrática

La promesa de autogobierno de una comunidad política nació en la modernidad temprana marcada por una clara desconfianza de las élites en las mayorías populares. Ello explica el carácter "experimental" que definió al diseño institucional de la representación política en su origen. Tal como nos narra Przeworski (2010), ello explica la curiosa combinación de una narrativa republicana con candados institucionales diseñados para limitar la influencia de las mayorías (*demofobia*) en la naciente democracia ideada por los padres fundadores. Sin embargo, la verdadera limitación de la participación ciudadana desde el principio estribó en la delegación de los ciudadanos en los representantes.

Como bien señala Dahl (1999), el tamaño de la comunidad política importa. Aunque la democracia representativa amplió la participación en extensión, asumió al mismo tiempo el límite de la reducida profundidad de dicha participación. Tal acomodo explica la centralidad que adquiere el mecanismo electoral. Las mayorías eligen, delegan y buscan un control democrático a través de la vigilancia y la influencia, pero no participan de manera directa en la toma de decisiones colectivas (Przeworski, 2019). Éstas quedan en manos de las élites representativas, que pueden o no tener un sesgo de clase social.

Por supuesto, no se está en contra de la intermediación que las instituciones representativas (elecciones, partidos políticos y parlamentos) suponen para la democracia contemporánea. El incremento de la población con derecho a participar en las condiciones de la modernidad fue un síntoma de la creciente complejidad de las sociedades de la época. Dicha complejidad no hizo más que incrementarse reforzando los límites a la participación política ciudadana directa a la que ya se ha hecho referencia. La intermediación

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

representativa fue el precio a pagar para enfrentar esa creciente complejidad (social, organizacional, administrativa, etcétera).

En este punto se justifica una breve digresión. Se entiende por complejidad aquella

> Cualidad de (algo) que está formado por múltiples elementos interrelacionados y cuyo comportamiento no puede comprenderse fácilmente observando cada parte por separado. Algo complejo no se reduce a la suma de sus componentes, sino que genera nuevas propiedades o comportamientos al interactuar. Los sistemas complejos son estructuras en las que una red de interacciones simples produce resultados imprevisibles o difíciles de explicar a simple vista. (https://www.significados.com/complejidad/)

Además de la imprevisibilidad, la complejidad también exige coordinación de muchos elementos que configuran un sistema dentro del cual cada componente (personas, flujos de información, etcétera) cumplen un papel específico y el éxito del sistema depende de la coordinación de sus elementos integrantes. Claramente, el sistema se impone en su racionalidad por sobre sus elementos, uno de los cuales es el humano. Este es el fundamento que explica cómo los sistemas ganan autonomía y capacidad de decisión por encima de las personas. Llevada al extremo esta tesis se puede proclamar la imposibilidad real de la participación ciudadana efectiva (Zolo, 1994). Las decisiones incluso escaparían a las élites (incluso a las tecnocráticas) y serían competencia impersonal del funcionamiento del sistema o subsistema en cuestión (económico, político, social, etcétera) (Luhman, 1998).

A finales-inicio de siglo había experiencias y argumentos empíricos para ser optimistas ante esta tesis tan abrumadoramente negativa respecto de las posibilidades de la participación política ciudadana, dado que llamaba ilusoria a la capacidad del autogobierno popular. En esa época, los movimientos sociales de protesta y las dinámicas deliberativas en el espacio público no estaban exentas de innovación y vigor en distintos contextos del orbe (Sermeño, 2006). Para el caso, la región de América Latina destacaba en innovación participativa en clave democratizadora (Dagnino, Olvera y Panfichi, 2006).

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

Con todo, y en honor a la verdad, las tendencias opuestas de apatía y desafección política ciudadana también mantenían en esa época una constancia creciente. Y, sobre todo, el descrédito de gran calado entre la ciudadanía respecto de los partidos políticos y los parlamentos era ya inocultable. Las inercias autoreferenciales adoptadas por ambas instituciones de intermediación, fundamentales para el funcionamiento y legitimidad de la representación política, se aislaron de la influencia y del control ciudadano con sus prácticas de cartelización (los partidos) y por el predominio de la lógica tecnocrática en las decisiones tomadas por los parlamentarios (Katz y Mair, 2004; Mair, 2015). Esta es la raíz del desencanto ciudadano con la política y los políticos y caldo de cultivo de los nuevos emergentes nuevos populismos demagógicos. Ya en ese momento apareció una pregunta que ahora resurge con renovada actualidad, a saber: ¿es incompatible la complejidad social con la soberanía popular?

Fue, en efecto, en este contexto de crisis de la representación que aparecieron con fuerza las nuevas tecnologías digitales impactando frontalmente a la democracia, primero con promesas de mayor democratización del espacio público pero que muy pronto resultaron falaces, y luego con la inocultable subordinación y dominio de las grandes corporaciones tecnológicas sobre la democracia, transformándola en algo en lo que ya no puede reconocerse a sí misma.

Democracia digital y transformación de la esfera pública

Son muchas, por supuesto, las cuestiones y derivaciones relativas a las relaciones entre digamos solamente internet, por no hablar de las nuevas tecnologías en su conjunto, que abarcan temas mucho más hondos y complejos. Por ejemplo, los referidos a cuestiones asociadas a vigilancia y control social, la propaganda mediante la utilización masiva de algoritmos, los muchos otros usos de la IA, etcétera, con la democracia, mismos que son, como señalo, demasiado amplios, sofisticados y difícilmente agotables en su totalidad.[1]

[1] La actual revolución tecnológica, como sabemos, se caracteriza por una evidente velocidad de innovación y difusión. Se trata de un cambio vertiginoso y exponencial que, además, muestra claramente al menos tres mega tendencias, a saber: "(I) físicas: vehículos autónomos,

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

Al respecto, lo primero que conviene realizar es explicitar una mínima delimitación de la relación entre el binomio cambio tecnológico y democracia. Si las preguntas se formulan de la manera siguiente, es decir, ampliamente en consonancia con el título de arriba: ¿en qué medida está siendo afectada la democracia por la actual revolución tecnológica?, ¿existe una crisis democrática asociada a dicha innovación?, ¿es posible sacar lecciones de lo que está ocurriendo en la anterior dinámica?, ¿incrementará la disrupción tecnológica los límites de la democracia?, ¿presenciaremos la muerte de la democracia como forma de organización política?

Estas cuestiones no nacen del ingenio de quien esto escribe. Flotan en el ambiente. Están formuladas y reformuladas a la enésima potencia. Aún no tienen respuestas totalmente concluyentes sino muy bien argumentadas, pero con fuertes dosis de especulación y abiertas al futuro. Sin embargo, en ese esfuerzo de cierta delimitación, ya se ha observado una clara variación en la narrativa que busca responder a las líneas generales de dicha conexión. Desde que se formuló explícitamente el problema, *grosso modo*, se ha pasado de una narrativa optimista a una fuertemente pesimista que todos conocen. Ciertamente, en el arranque de dicha narrativa se atribuyó al internet y a las redes sociales extraordinarias cualidades democratizantes. Las promesas fueron múltiples y se originaron en utópicas e ilusorias virtudes atribuidas a las innovaciones tecnológicas en las que se sustentaban las redes sociales y el internet: "nos habían anunciado la accesibilidad de la información, la eliminación de los secretos y la disolución de las estructuras de poder –recuerda para el caso Daniel Innerarity–, de tal modo que parecía inevitable avanzar en la democratización de la sociedad" (Innerarity, 2012). Por tanto, fue cuestión de tiempo que el péndulo oscilara hacia el lado pesimista de la relación entre impacto tecnológico y democracia. En el caso del internet y las redes sociales, éstas pronto mostraron su rostro oscuro y sombrío.

impresión 3D, robótica avanzada, nuevos materiales inteligentes que se auto reparan o se limpian a sí mismos; (II) digitales: internet de las cosas; y, (IV) biológicas: manipulación genética y avances en el campo de la medicina... (Por lo anterior, resulta evidente que debido al impacto de estos nuevos desarrollos) asistimos no solo a la creación de nuevos modelos de negocios y a la remodelación de los sistemas de producción, consumo y transporte, sino que, en el ámbito social, se está produciendo un cambio de paradigma en la manera en que nos comunicamos, expresamos, informamos, entretenemos, en incluso en cómo se gestionan nuestros gobiernos y las diversas áreas políticas" (Schwab citado por Arocena, Sansone y Álvarez, 2021).

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

La evidencia se abrió paso a partir del año 2015. En general, la dinámica reflejada en el espacio público virtual que las redes generan está dominada por múltiples experiencias de intolerancia, atomización, incapacidad de diálogo, radicalismo y emocionalidad que ciega la razón.

Al respecto, en un trabajo previo de mi autoría se enunciaron en particular tres impactos negativos: 1) La desinformación y manipulación que las redes sociales generan en el espacio público; destaca, para el caso, el emergente, extendido e incontenible fenómeno de la posverdad o verdades alternativas. 2) La adicción que inoculan en la ciudadanía en general induciendo prácticas que alimentan a la referida desinformación, refuerzan la despolitización y, por tanto, actúan como un veneno que mata el ideal de una ciudadanía activa reflexiva, responsable. 3) La vigilancia y el control que dichas redes (Facebook, Twitter ahora X, Google, WhatsApp, TikTok, etcétera), en tanto metamorfoseados mecanismos y/o dispositivos de poder, pueden ser y seguramente son puestos al servicio de estructuras autoritarias de dominación (Sermeño, 2021, p. 29-31).

Estos señalamientos no sólo continúan vigentes, sino que se han profundizado. En general, vale recalcar, expresan un amplio consenso entre los investigadores que se dedican a indagar en la temática. No está de más insistir en que el impacto de estas dinámicas de las redes sociales se retroalimenta ocasionando un mayor debilitamiento de los, ya de por sí, asediados cimientos de las instituciones democráticas. Sólo para ilustrar lo mucho que se anticipa al respecto de la cuestión que nos ocupa, se puede mencionar el ejemplo de una tesis sin duda polémica pero no carente de sentido. Me refiero a la conocida tesis del historiador Yuval Noah Harari (2018, p. 89) quien afirma que, en su forma actual, la democracia no sobrevivirá a la fusión de la biotecnología y la infotecnología.

Ahora bien, de esa tesis lo que quiero recuperar es la dimensión de la infotecnología asociada a la utilización de los algoritmos y el manejo de *big data*, para ser capaz de manipular la libre elección de los ciudadanos. Para la democracia se trata evidentemente de una cuestión crucial. Si los electores están sujetos a la manipulación (cosa que no es una preocupación nueva) la democracia evidentemente está en riesgo severo.

Existen voces intermedias entre las iniciales posturas optimistas y las dominantes visiones pesimistas. Estas perspectivas intermedias aceptan

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

que resultaron ser promesas ilusas las expectativas que anunciaron en su momento, de manera alegre y exagerada, que el auge del internet proporcionaría una mayor participación democrática, coadyuvaría a una deseable emancipación individual y fortalecerían la vida asociativa. También resultó ser increíblemente ingenuo pensar y defender que el ciberespacio sería un ámbito donde se disolvería el poder autoritario, dado que la tecnología vincularía libremente a los individuos y facilitaría el acceso al conocimiento de una manera inédita, casi universal. Sin embargo, conceden que el cambio digital ha posibilitado importantes avances democratizadores mientras que, por otra parte, señalan que los problemas que enfrenta la democracia no se deben tanto al impacto de las nuevas tecnologías sino a otros factores diversos, como, por ejemplo, el impacto perverso del neoliberalismo como fuente de deslegitimación del discurso democrático.

En estas reflexiones se tiende a coincidir en parte con estas voces intermedias intentando no caer en la ingenuidad o el utopismo de las posturas demasiado optimistas. Los efectos del internet y de las redes sobre la democracia son diversos en intensidad y en las dimensiones en las que se manifiestan y, sobre todo, son sin duda contradictorios. Es decir, las mismas variables, algunas clásicas asociadas a la participación política ciudadana, pueden mostrar desempeños diferentes en función específica del contexto social e histórico en el que el impacto de esas variables se evalúe. En concreto, desde la perspectiva optimista puede defenderse que internet y las redes potencian y amplían variables tales como empoderamiento ciudadano, visibilidad de grupos excluidos, otorgar y/o ampliar la voz, extender el espacio público, acotar el poder y, ya entusiasmados, facilitar la destrucción de regímenes autoritarios. Pero también es cierto que, como señalan los críticos que llamamos pesimistas, todo ello convive con frecuencia, y de la manera más cruenta, con las experiencias opuestas.

Señalemos el caso del poder. Ha sido ampliamente documentado cómo los regímenes autoritarios y sus liderazgos rápidamente aprendieron a utilizar las nuevas tecnologías y sus recursos, justamente y con gran eficacia, para controlar a sus ciudadanos y suprimir las disidencias existentes (Zuboff, 2020). Y, de hecho, no sólo eso, en tanto mecanismos de poder blando estos mismos regímenes autoritarios han logrado utilizar también las redes para ganar legitimidad y aceptación entre una audiencia vulnerable a las referidas metamorfosis experimentadas por los medios de comunicación.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

Hay dos razones principales que explican lo anterior. Una es contextual y la otra estructural. La contextual advierte que cualquier innovación tecnológica se lleva a cabo en un contexto social y tiene efectos sociales que varían en función de las determinadas condiciones que rigen o determinan el contexto donde se despliegan:

> La información no fluye en el vacío –explica Innerarity– sino en un espacio político que está ya ocupado, organizado y estructurado en términos de poder. Internet no produce resultados iguales en países diversos. Internet pone en marcha unas dinámicas que aumentan las incertidumbres en torno al curso que van a tomar las sociedades. Los observadores occidentales han dado por supuesto que los dictadores no podrían poner internet a su servicio porque pensaban que la descentralización del poder promovida por internet era un fenómeno universal, una lógica sin excepciones, y no una lógica propia de nuestras democracias (Innerarity, 2012).

La razón estructural del por qué las redes globales no ocasionan mecánicamente una desconcentración del poder, ni desequilibran la autoridad de las élites, ni anulan asimetrías sociales establecidas es muy simple y radica en que su propia arquitectura es jerárquica. Internet posee y establece sus propios controles. Los así denominados *gatekeepers* (puestos fronterizos o puertas de paso) perfilan y definen el horizonte y el paisaje del ciberespacio. En efecto, los servidores que organizan el acceso y la circulación en el ciberespacio son pocos y hasta la fecha escapan de facto a las regulaciones estatales. En realidad, internet no elimina las relaciones de poder, sino que simplemente las transforma. Tan simple como reconocer que en internet también se ejerce la censura, la vigilancia y otras expresiones del control:

> Hay en la red una concentración de los proveedores de buscadores, que aparecen como simples mediadores o que aseguran limitarse a reflejar el tráfico existente, pero que también lo dirigen y condicionan. La red permite la proliferación de páginas y lugares, pero, de hecho, los buscadores centralizan la atención del público de manera que las interacciones están más limitadas de lo que solemos

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

> creer y el número de lugares que visitamos es más reducido de lo que suponemos. (Innerarity, 2012)

En suma, el péndulo de la relación entre tecnología y democracia claramente apunta hacia el predominio del pesimismo. En efecto, las formas para el ejercicio de la política se han modificado profundamente con la irrupción o más bien disrupción del internet y en general de las nuevas tecnologías.[2] Ya líneas arriba se hacía mención del impacto de la ineludible práctica de recolección masiva de datos y del uso de algoritmos. Ello perfila las referidas formas de hacer ahora política: "La política ha entrado en una fase algorítmica en la que buena parte de los votantes [son] seducidos por mensajes diseñados a su medida por sistemas tecnológicos que los conocen más que ellos mismos" (Arocena, Sansone y Álvarez, 2021). Y la utilización de esta tecnología conduce a la estructural tendencia de concentración del poder no sólo en los aparatos estatales, sean o no democráticos, sino también en los grandes corporativos tecnológicos que dominan dichas tecnologías y concentran y monopolizan el acceso a la información. Google, Facebook, Amazon y Apple son los llamados "cuatro grandes" corporativos que poseen un porcentaje escandaloso de la riqueza global y son sus sistemas digitales los que resguardan y controlan los datos personales de la mayoría de la población mundial.

Mientras estos corporativos privados concentran dicho poder y los Estados nación expresan su impotencia para regularlos, la dinámica real cotidiana en el espacio público cibernético ofrece un panorama de estado de naturaleza hobbesiano. En efecto, en palabras de Byung-Chul Han:

> Hoy las guerras de la información se libran con todos los medios técnicos y psicológicos imaginables. En Estados Unidos y Canadá, los votantes son llamados por robots e inundados con noticias falsas.

[2] "La digitalización del mundo en que vivimos avanza inexorable. Somete nuestra percepción, nuestra relación con el mundo y nuestra convivencia a un cambio radical. Nos sentimos aturdidos por el frenesí comunicativo e informativo. El tsunami de información desata fuerzas destructivas. Entretanto, se ha apoderado también de la esfera política y está provocando distorsiones y trastornos masivos en el proceso democrático. La democracia está degenerando en *infocracia*" (Han, 2022, p. 25).

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

> Ejércitos de troles intervienen en las campañas electorales difundiendo de forma deliberada noticias falsas y teorías conspirativas. Los bots, cuentas falsas automatizadas en las redes sociales, se hacen pasar por personas reales y publican, tuitean, 'linkean' y comparten. Difunden *fake news*, difamaciones y comentarios cargados de odio. Los ciudadanos son sustituidos por robots. Generan voces masivas con un coste marginal cero que infunden determinados sentimientos. Así es como distorsionan masivamente los debates políticos. También inflan de manera artificial el número de seguidores fingiendo de este modo un estado de opinión existente. Con sus tuits y comentarios pueden cambiar el clima de opinión en los medios sociales en la dirección deseada. Los estudios demuestran que basta con un pequeño porcentaje de bots para cambiar el clima de opinión. Puede que no influyan de manera directa en las decisiones de voto, pero manipulan los ámbitos de decisión. Los votantes están expuestos inconscientemente a sus influencias. Si los políticos se orientan por los sentimientos en la red, los bots sociales influyen de forma indirecta en las decisiones políticas. Cuando los ciudadanos interactúan con robots de opinión y se dejan manipular por ellos, cuando determinados actores, cuyos orígenes y motivaciones son completamente oscuros, interfieren en los debates políticos, la democracia está en peligro (Han, 2022, p. 39-40).

En conclusión, las iniciales promesas de un acceso ilimitado y universal ciudadano a la información facilitado por las nuevas tecnologías en el nuevo espacio público virtual han quedado desmentidas. En esta comunicación no se está en posición de afirmar o negar si la democracia en el mundo se encuentra o no en un trance de muerte, aunque es una pregunta que, sin duda, es legítimo formular.

Democracia algorítmica e inteligencia artificial generativa

¿Qué debemos entender por una democracia algorítmica? A grandes rasgos, estamos hablando de un sistema de toma de decisiones basado en el manejo e interpretación de macrodatos (*Big data*). Es, para decirlo en una palabra, la "dataficación" de la sociedad; o, para decirlo de otra forma,

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

en clave habermasiana, la "colonización tecnológica" del mundo de la vida (algoritmización). Como ya se ha señalado, consiste en la manera compleja en que los sistemas computaciones, es decir, las máquinas, con su inmensa capacidad de analizar cantidades ingentes de datos, bajo criterios de sostenibilidad, predictibilidad, velocidad, exhaustividad, extensibilidad, buscan soluciones y propone respuestas "eficientes" para la solución de muy diversos problemas sociales, políticos, económicos, etcétera.

Ahora bien, ¿cuál es la relación entre esta democracia algorítmica y la referida inteligencia artificial generativa (IA)? Expresado de manera simple, el algoritmo, definido de manera sencilla como ese conjunto de instrucciones lógicas, precisas y ordenadas para ejecutar una tarea o realizar un cálculo, es el componente básico de la IA. Por supuesto, esta última supone muchas otras capacidades avanzadas que son las que le dan su rasgo característico. En concreto, a lo que estas otras capacidades apuntan es hacia la posibilidad, ya en parte demostrada, de que las máquinas puedan llevar a cabo no sólo procedimientos mecánicos automatizados, sino que puedan encargarse de tareas con un contenido intelectual superior. Qué tan cierto sea esto último es algo que continúa a debate, pero parece claro que la inteligencia no es una inteligencia suprema o todopoderosa que le hará la guerra a los humanos como el Skynet de *Terminator*.

"¿Es verosimil que las máquinas puedan un día igualar e incluso superar a la inteligencia humana?", se pregunta un estudioso del fenómeno como lo es Daniel Innerarity, "¿Es posible un escenario en el que las máquinas inteligentes persigan objetivos que vayan contra nosotros sin que podamos detenerlas? Sobre la base de que los sistemas de inteligencia artificial son cada vez más inteligentes, se supone que llegará en un momento en el que alcancen y superen el nivel de la inteligencia humana" (Innerarity, 2025). La respuesta es clara, según este autor, en el sentido de que no es una forma correcta de plantear cuestión. La IA, sin duda, replica algunos aspectos de la inteligencia humana como el cálculo elaborado a una velocidad que no es humana, pero eso no es en sentido estricto inteligencia, dado que deja por fuera otras tareas de la inteligencia humana tan esenciales como la comprensión y la reflexión. "El poder computacional es cálculo veloz y procedimiento de una gran cantidad de datos, pero no es inteligencia. En la inteligencia artificial y

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

en el análisis de datos hay mucha fuerza bruta computacional. Pero no una comprensión del contexto mundano" (Innerarity, 2025).[3]

Sin embargo, aunque coinciden en reconocer que las visiones de ficciones hollywoodescas carecen de asidero en la realidad, las posturas más críticas sobre la IA advierten sobre los riesgos implícitos que conlleva. En estas interpretaciones críticas del fenómeno la IA representa, más bien, un cambio profundo del estatuto de las tecnologías digitales que consiste, de acuerdo con Éric Sadin, en:

> De ser prótesis acumulativas e intelectivas –porque permiten el almacenamiento, la indexación y el tráfico veloz de información–, han pasado a ser entidades de las que se espera que anuncien una verdad a partir de la interpretación automatizada de situaciones. Bajo un arco de formas que van de las más amables (sugerencias de compra, de movimientos) a las más coactivas (clasificación e indexación de los humanos para incluirlos/excluirlos de ciertos beneficios y derechos), en áreas relacionadas con la vida social general (la economía) o en otras que rozan la intimidad del individuo (la evaluación médica sobre su cuerpo), la inteligencia artificial propone diagnósticos que se suponen superiores a los humanos porque parten del manejo y correlación de datos imposible de realizar por un individuo. Así, gracias a este poder de enunciar una verdad que los humanos no podemos ver, la tecnología deja de ser protésica para devenir antropomórfica. La autonomía de decisiones de los sistemas de inteligencia artificial termina de cerrar el círculo de este cambio radical, enfrentándonos por primera vez con el estadio del tecno-logos de la técnica: no un

[3] No se puede eludir el hacer referencia en este debate a la cuestión de la relación entre inteligencia artificial e inteligencia humana. En efecto, como arriba se ha dicho, la IA es algo extremadamente potente, pero no tiene forma humana. No son, en consecuencia, inteligencias similares: "Las máquinas son mejores en el descubrimiento de patrones, matematización y razonamiento estadístico, análisis de datos masivos y manejos de casos rutinarios. Los humanos estableceríamos los objetivos y formularíamos juicios de valor, resolveríamos la información ambigua y discerniríamos. En casos difíciles, lo mejor que hacen los ordenadores es calcular y reconocer patrones. Lo que mejor hacen los humanos es comprender, contextualizar y decidir reflexivamente" (Innerarity, 2025). En esta visión, la relación entre ambas "inteligencias" no es de similaridad sino de complementariedad.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

> logos sobre la técnica producido por los humanos sino humanos modelados por una técnica capaz de producir discurso o verdad. En este nuevo régimen sin réplica posible, se juega la vocación humana primordial de habitar el mundo. (Sadin, 2018)

Se contraponen al menos estas dos interpretaciones sobre la IA. Una, la que la ve como una evolución inevitable, para bien o para mal, de la presencia de la tecnología en la vida humana y que considera que los posibles efectos adversos de la tecnología pueden ser contenidos y manejados. En esta visión, quizás no del todo optimista, pero sin duda no pesimista, la apuesta es a sostener que la IA difícilmente llegará a sustituir la reflexión humana sobre los problemas de nuestro tiempo. Desde esta óptica se enuncian muchas ventajas que la IA proporciona (incremento de la productividad, por supuesto, garantizar eficiencia y eficacia en múltiples procesos, generación de tiempo libre para el ocio y la creatividad, etcétera).

En cambio, la interpretación pesimista advierte, como ya se ha dicho, de peligros que van más allá de los multicitados riesgos de vigilancia, control y dominación (autoritaria, totalitaria) o de la pérdida masiva de empleos, para señalar algo más hondo y estructural, pues sostiene que la IA constituye una amenaza a la creatividad, el talento y el intelecto de las personas, es decir, a las bases mismas de la civilización y la condición humana.[4] Esta tensión se encuentra abierta. Sin duda, será el futuro quien defina la dimensión real que adquiera dicha contraposición de interpretaciones. En este trabajo sólo apuntaremos al impacto de la IA sobre la democracia.

[4] Al respecto, cabe recuperar una nota coyuntural pero que no se puede ignorar al calor de lo que en este trabajo se ha discutido. El papa León XIV en su primera encíclica se pronuncia sobre el tema y califica a la trayectoria actual de la IA como una profunda amenaza para la dignidad humana (León XIV, 2026). El papa pone luz sobre una cuestión decisiva y de todos conocida. El hecho de que la tecnología nunca es neutral y que, también en el caso de la IA, dicha tecnología adopta las características y los fines de quienes la diseñan, financian, utilizan y se oponen a su regulación. Comenta al respecto el Premio Nobel de economía Daron Acemoglu: "La encíclica es enfática en señalar que el progreso tecnológico no es necesariamente un progreso moral. Que algo sea técnicamente factible no significa que sea beneficioso para la humanidad. Que una tecnología sea deseable depende de quién la controla y de la ideología e intereses que la guían" (Acemoglu, 2026-06-04).

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

Volviendo así a la cuestión política, la conclusión preliminar que hasta ahora se sostiene es que la democracia algorítmica es la negación de la democracia tal y como la hemos entendido y teorizado a lo largo de los últimos doscientos cincuenta años. Lo es porque sencillamente destierra la capacidad de agencia atribuida al ciudadano en la construcción del consenso social. Nociones como delegación del poder de decisión y dependencia tecnológica constituyen, en efecto, el núcleo de la democracia algorítmica. En palabras de Jurgen Habermas:

> Este poder tecnológico otorga una capacidad casi ilimitada para transformar el mundo social e influir en la construcción de sentido –verdad y justicia–, y amenaza con desterrar a través de imperativos sistémicos como el poder y el dinero, los procesos de comunicación que los seres dotados de habla y acción ponen en marcha para llegar a acuerdos intersubjetivos. (Habermas, 2025)

Esta primera aproximación a la relación entre democracia e IA no parece dejar mucho espacio para el optimismo. El impacto de las nuevas tecnologías, como ya se ha descrito, junto a la acumulación de los fallos y déficit previos de la democracia liberal (representativa), han permitido emerger alternativas autoritarias a la democracia a escala global en el mundo de hoy. Distintas versiones de autoritarismos bajo fachadas democráticas, como los populismos de nuevo cuño, han dado paso a democracias nominales, pero no reales. Son democracias, como nos advierte Habermas en la cita previa, sin los derechos básicos para garantizar la igualdad y la participación, esto es, la autonomía de los ciudadanos. Con todo, ese horizonte no muy esperanzador continúa abierto.

Fuentes consultadas

Acemoglu, D. (2026-06-04). El Papa debería haber ido más allá en lo respecta a la IA. En *El País*. Disponible en: https://elpais.com/economia/negocios/2026-06-05/el-papa-deberia-haber-ido-mas-alla-en-lo-que-respecta-a-la-ia.html

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

Arocena, F., Sansone, S. y Álvarez, N. (2021). Disrupción tecnológica y democracia en el siglo XXI. En *Cuestiones de Sociología*. Núm. 25. DOI: https://doi.org/10.24215/23468904e125

Dagnino, E., Olvera, A. y Panfichi, A. (Coords.). (2006). *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. FCE, CIESAS.

Dahl, R. (1999). *La democracia. Una guía para los ciudadanos*. Taurus.

Habermas, J. (2025). *Un nuevo cambio estructural de la esfera pública y la política deliberativa*. Trotta.

Han, B. (2022). *La digitalización y la crisis de la democracia*. Taurus.

Harari, Y. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Debate.

Innerarity, D. (2025). *Una teoría crítica de la inteligencia artificial*, Galaxia Gutenberg.

Innerarity, D. (2012). Desenredar una ilusión: notas para una teoría crítica de la democracia digital. En D. Innerarity y S. Champeau (Comps.). *Internet y el futuro de la democracia*. Paidós.

Katz, R. y Mair, P. (2004). El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y la democracia de partidos. En *Zona Abierta*. Núm. 108-109. pp. 9-42.

León XIV. (2026). Carta encíclica: *Magnifica Humanitas. Sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial*. Disponible en: https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/encyclicals/documents/20260515-magnifica-humanitas.html

Luhman, N. (1998). *Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia*. Trotta.

Mair, P. (2015). *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*. Alianza.

Manin, B. (1998). *Los principios del gobierno representativo*. Alianza.

Przeworski, A. (2019). *¿Por qué tomarse la molestia de hacer elecciones? Pequeño manual para entender el funcionamiento de la democracia*. Siglo XXI.

Przeworski, A. (2010). *Qué esperar de la democracia. Límites y posibilidades del autogobierno*. Siglo XXI.

Sadin, E. (2018). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*. Caja Negra.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348

Sermeño, A. (2021). Democracia representativa, populismo y redes sociales. En *Folios*. Núm. 37. pp. 22-31.

Sermeño, A. (2006). Democracia y participación política. Los retos del presente. En *Andamios. Revista de Investigación Social*. Núm. 4. pp. 7-34.

Zolo, D. (1994). *Democracia y complejidad. Un enfoque realista*. Nueva Visión.

Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós.

DOI: https://doi.org/10.29092/uacm.v23iEspecial.1348